

## El sentido de preguntar\*

Difícilmente puede encontrarse uno en su vida intelectual, con un tema más provocativo que el que plantea Gadamer<sup>1</sup> y que se refiere a la pregunta. Y no es para menos. ¿Qué es lo que es? ¿Qué es lo que no es? Con estas dos terribles preguntas apreció la filosofía.

Hacerlas, implicaba, por parte del sujeto que las formuló, la convicción de que no sabía nada. Esta era la convicción de la conciencia griega que reflejaba, a la vez, un estadio muy concreto de la conciencia de la humanidad.

Y, sin embargo, en ese afirmar la ignorancia, al hacer las citadas preguntas, se afirmaba también, por qué no decirlo, en una forma petulante, el comienzo del saber. Porque para saber, hay que reconocer que no sabemos. Y sólo cuando no sabemos, nos atrevemos a preguntar; es decir, penetramos, y no es exagerado afirmarlo, en una forma sacrílega, en el fenómeno, objeto o proceso “preguntado”. O

---

\* Publicado en *Revista estudios en pedagogía y didáctica*, vol. 1 N° 1, Bogotá, abril-junio 1996.

<sup>1</sup> GADAMER, Hans-George, *Verdad y método*, Salamanca (España), Ediciones Sígueme, S.A., 1992, vol I, p. 439 y ss.

sea, lo corrompemos, y al hacerlo, nos corrompemos a nosotros mismos.

En efecto, corromper, es “romper con”; con un mundo de respuestas que nos han sido dadas a través de la estructura cultural en que hemos nacido y que hemos internalizado en nuestra conciencia o constituido como parte integral de ella, a través del proceso educativo, en el más amplio sentido del término.

Retomando lo anterior, al preguntar, no solamente quebrantamos “lo preguntado”, sino que también, al mismo tiempo, quebrantamos nuestra conciencia; es decir, la ciencia, el conocimiento, el saber, que hasta ese momento habíamos adquirido y que formaba parte de nuestro ser y, como expresión conductual, de nuestra manera de ser.

Es lo que ocurrió con la conciencia griega: preguntar por el ser, implicaba quebrantar el mito. Y el mito era la manera como la humanidad había dado respuesta a problemas que, probablemente, ni siquiera habían sido formulados como tales, sino simplemente observados como objetos o fenómenos. Por eso, el mito no era una respuesta abierta,

sino cerrada, absoluta. No estaba sujeto a comprobaciones lógicas o empíricas. El mito era una enunciación que se hacía para ser creída, no cuestionada. Y creída como sentida, porque el sentimiento daba la seguridad plena que se requería para soportar la vida.

Pero sentir es allí, formar parte de la naturaleza, de la *physis*, de la cual no se podía escapar y, por lo tanto, había que padecer.

Por eso, cuando la conciencia humana pregunta por el ser, y por el no ser, ha comenzado la más terrible rebelión cósmica: el orden se ha derrumbado, el mito se ha resquebrajado, porque hay un ser que anda preguntando, que quiere saber...

Ha aparecido el *logos*, sacrílego y desmitificador, para fundar la premodernidad, porque lo moderno es lo que cambia, lo que se mueve; es el permanente destruir y construir, realizado por un sujeto: el hombre consciente que, por medio de Homero, ha humanizado a los dioses pero, al hacerlo, ha intentado divinizarse a sí mismo, y ha comenzado a preguntar. No olvidemos el mito del paraíso

terrenal: el hombre fue arrojado de allí porque quería saber; es decir, quería ser semejante a Dios.

Así pues, con las preguntas, del paraíso, o de la filosofía, el hombre se ha abierto a la historia. Pero ésta no será más que un preguntar continuo; abierto, como en el caso de las preguntas inteligentes; cerrado, como en el caso de las preguntas que formula la pedagogía institucional. En el primero, hay la posibilidad de la superación dialéctica: “lo preguntado”, se expresa en una o varias respuestas, que se constituyen en nuevas preguntas. En el segundo, “lo preguntado”, ya está respondido en la pregunta; pregunta que, por lo mismo, es antihistórica y antihumana. Es más *mythos* que *logos*, más permanencia que cambio, más *physis* que historia.

Nos dice Gadamer que, de todas maneras, la apertura de la pregunta no es ilimitada, que tiene un horizonte, que debe ser planteada. Pero, y es necesario recordarlo, todo horizonte y todo planteamiento, son vistos y formulados desde un sujeto cambiante; el hombre, *el ser que es el no ser, por excelencia*. Por eso, la pregunta fundamental de la historia, es la pregunta por el hombre, pregunta que todos

los dogmas, religiosos, políticos y filosóficos, han intentado cerrar, con resultados catastróficos pero no efectivos, porque, como dice un filósofo: “preguntar por el hombre, es preguntar por la pregunta”.

Porque el hombre es la pregunta que el cosmos se ha lanzado a sí mismo en búsqueda de su identidad.